

PECADOS PRESUNTUOSOS

Volumen 1 – Sermón No. 135

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO 7 DE JUNIO DE 1857
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

*"Preserva también a tu siervo de las soberbias."
Salmos 19:13*

Todos los pecados son grandes pecados, pero algunos son más grandes que otros. Cada pecado tiene en sí mismo el veneno de la rebelión, y está lleno de la médula esencial del rechazo traidor a Dios. Pero hay algunos pecados que tienen en ellos un mayor desarrollo de la maldad esencial de la rebelión, y que llevan en sus rostros más del descarado orgullo que desafía al Altísimo. Es erróneo suponer que, porque todos los pecados nos condenarán, por lo tanto, un pecado no es más grande que otro. El hecho es que, aunque toda transgresión es una cosa pecaminosa muy grave, hay algunas transgresiones que tienen una sombra más profunda de negrura, y un tono más doblemente escarlata de criminalidad que otras.

Ahora bien, los pecados presuntuosos de nuestro texto son sólo los primeros de todos los pecados, y ocupan el primer lugar en la lista de iniquidades. Es notable que, aunque la ley judía preveía una expiación para cada tipo de pecado, había una excepción: "Pero el alma que peca presuntuosamente no tendrá expiación, será cortada de en medio de mi pueblo". Bajo la dispensación cristiana en el sacrificio de nuestro bendito Señor, hay una gran y preciosa expiación por los pecados presuntuosos, por la cual los pecadores que han pecado de esta manera son hechos limpios. Sin embargo, sin duda, los pecadores presuntuosos que mueren sin perdón deben esperar recibir una doble porción de la ira de Dios, y una manifestación más terrible de la indecible angustia del tormento del castigo eterno, en el pozo que se cava para los malvados.

Esta mañana me esforzaré en primer lugar en describir los pecados presuntuosos. En segundo lugar, intentaré, si puedo, mostrar con algunas ilustraciones por qué el pecado presuntuoso es más atroz que cualquier otro. Y, en tercer lugar, trataré de poner esta oración en tu mente, la oración del hombre santo, la oración de David: "Protege a tu siervo de los pecados presuntuosos".

1. Primero, entonces, ¿QUÉ ES UN PECADO PRESUNTUOSO? Creo que debe haber una de cuatro cosas en un pecado para que sea presuntuoso. Debe ser un pecado contra la luz y el

conocimiento, o un pecado cometido con deliberación, o un pecado cometido con un designio de pecar, simplemente por pecar, o debe ser un pecado cometido a través de la dureza, de la confianza precipitada de un hombre en su propia fuerza. Marcaremos estos puntos uno por uno.

Un pecado que se comete voluntariamente contra la luz y el conocimiento, manifiesto, es un pecado presuntuoso. Un pecado de ignorancia no es presuntuoso a menos que esa ignorancia también sea voluntaria, en cuyo caso la ignorancia es en sí misma un pecado presuntuoso. Pero cuando el hombre peca por falta de conocimiento de la Ley, por falta de instrucción, reprensión, consejo y amonestación, decimos que su pecado, así cometido, no participa en gran medida de la naturaleza de un pecado presuntuoso. Pero cuando un hombre sabe más, peca en los dientes y en la cara de su mayor luz y conocimiento, entonces su pecado merece ser marcado con este título ignominioso de un pecado presuntuoso.

Permítame detenerme un momento en este pensamiento. La conciencia es a menudo una luz interior para los hombres por la que se les advierte de actos prohibidos como si fueran pecaminosos. Entonces, si peco contra la conciencia, aunque no tenga mayor luz de la que me da la conciencia, aun así mi pecado es presuntuoso, porque he presumido de ir en contra de la voz de Dios en mi corazón, una conciencia iluminada. Vosotros, jóvenes, estuvisteis una vez tentados, (y quizás fue ayer), a cometer cierto acto. En el mismo momento en que fueron tentados, la conciencia dijo, "Está mal, está mal", gritó asesinato en su corazón y le dijo que el acto que estaban a punto de cometer era abominable a los ojos del Señor.

Su compañero de clase cometió el mismo pecado sin la advertencia de la conciencia. En él era la culpa la que debe ser lavada con la sangre del Salvador. Pero no era tanta culpa en él como en ti, porque tu conciencia te lo advirtió. Tu conciencia te dijo del peligro, te advirtió del castigo y, sin embargo, te atreviste a descarriarte contra Dios y, por lo tanto, pecaste presuntuosamente. Has pecado muy gravemente al hacerlo. Cuando un hombre invada mi tierra, será un intruso, aunque no tenga ninguna advertencia, pero si ante su cara hay una advertencia y si a sabiendas y voluntariamente transgrede, entonces es culpable de una transgresión presuntuosa y debe ser castigado como tal.

Así que tú, si no lo hubieras sabido, si tu conciencia hubiera estado menos iluminada, habrías cometido el acto con mucho menos de la criminalidad que ahora te ataca, porque pecaste contra la conciencia y por consiguiente pecaste presuntuosamente. Pero, oh cuánto más grande es el pecado, cuando el hombre no sólo tiene la luz de la conciencia sino también la amonestación de los amigos, el consejo de aquellos que son sabios y estimados por él.

Si tengo un solo control, el control de mi conciencia iluminada y transgredo contra él, soy presuntuoso. Pero si una madre con ojos llorosos me advierte de las consecuencias de mi

culpa, y si un padre con mirada firme y con afectuosa determinación me dice cuál será el destino de mi transgresión, si los amigos que me son queridos me aconsejan evitar el camino de los malvados, y me advierten cuál debe ser el resultado inevitable de continuar en él, entonces soy presuntuoso y mi acto en esa misma proporción se vuelve más culpable. Debería haber sido presuntuoso por haber pecado contra la luz de la naturaleza, pero soy más presuntuoso, porque además tengo la luz del consejo afectuoso y del consejo amable. En ese caso, traigo sobre mi cabeza una doble cantidad de ira divina.

¿Y cuánto más cuando el transgresor ha sido dotado de lo que se suele llamar una educación religiosa? En la infancia ha sido iluminado hasta su cama por las lámparas del santuario, el nombre de Jesús se mezcló con el silencio de la canción de cuna. La música del santuario lo despertaba como un himno por la mañana. Ha sido mecido en las rodillas de la piedad y ha chupado los pechos de la piedad. Ha sido instruido y entrenado en la forma en que debe ir, ¡cuánto más temeroso digo, es la culpa de tal hombre que la de aquellos que nunca han tenido tal entrenamiento, pero han sido dejados a seguir sus propios deseos y placeres desviados, sin la restricción de una educación santa y las restricciones de una conciencia iluminada!

Pero, amigos míos, incluso esto puede empeorar. Un hombre peca aún más presuntuosamente cuando ha tenido una advertencia muy especial de la voz de Dios contra el pecado. ¿Qué quiero decir? Me refiero a esto. Ayer viste a un hombre fuerte de tu vecindario llevado a la tumba por una muerte súbita. Hace apenas un mes que escuchaste sonar la campana de alguien a quien una vez conociste y amaste, que postergó y postergó las cosas hasta que pereció en la postergación. Han sucedido cosas extrañas en tu misma calle, y la voz de Dios te ha sido hablada en voz alta a través de los labios de la muerte. Sí, y también has tenido advertencias en tu propio cuerpo. Has estado enfermo con fiebre, has sido llevado a las fauces de la tumba y has mirado hacia abajo en la bóveda sin fondo de la destrucción.

No hace mucho tiempo que te dieron por vencido. Todos dijeron que podrían preparar un ataúd para ti, ya que tu aliento no podría estar mucho tiempo en tu cuerpo. Entonces volviste tu cara a la pared y oraste, prometiste que, si Dios te perdonaba, vivirías una buena vida, que te arrepentirías de tus pecados, pero para tu propia confusión ahora eres justo lo que eras. ¡Ah, déjame decirte que tu culpa es más grave que la de cualquier otro hombre! Has pecado presuntuosamente en el sentido más elevado en el que podrías haberlo hecho. Has pecado contra las reprimendas, pero lo que es peor aún, has pecado contra tus propios juramentos y pactos solemnes y contra las promesas que le hiciste a Dios.

El que juega con fuego debe ser condenado como descuidado, pero el que se ha quemado una vez y después juega con el elemento destructor es peor que descuidado. Y el que se ha quemado en la llama y ha tenido sus cabellos calientes y crujientes por el fuego, si vuelve a

precipitarse en el fuego, digo que es peor que descuidado, es peor que presuntuoso, está loco. Pero tengo algunos así aquí. Han tenido advertencias tan terribles que deberían haberlo sabido. Se han metido en lujurias que han llevado sus cuerpos a la oscuridad y quizás hoy se han arrastrado hasta esta casa, y no se atreven a decir a su vecino que está a su lado cuál es la repugnancia que incluso ahora se reproduce en su cuerpo.

Y aun así volverán a las mismas lujurias. El tonto irá de nuevo al calabozo, la oveja lamerá el cuchillo que la matará. Seguirá en su lujuria y en sus pecados, a pesar de las advertencias, a pesar de los consejos hasta que perezca en su culpa. ¡Cuán peor que los niños son los hombres adultos! El niño que va a un alegre tobogán en un estanque, si se le dice que el hielo no lo soportará, vuelve asustado, o si se desliza atrevidamente sobre él, ¡cuán pronto lo abandona, si sólo oye un chasquido sobre la delgada capa del agua! Pero vosotros tenéis una conciencia que os dice que vuestros pecados son viles y que serán vuestra ruina. Escuchan el chasquido del pecado, mientras su fina capa de placer cede bajo sus pies.

Sí, y algunos de ustedes han visto a sus camaradas hundirse en la inundación y perderse. Y, sin embargo, se deslizan, peor que los niños, peor que los locos, y así presumen de jugar con su propio estado eterno. ¡Oh Dios mío, qué terrible es la presunción de algunos! ¡Cuán temible es la presunción de cualquiera! Oh, para que podamos gritar: "Protege a tu siervo también de los pecados presuntuosos".

Volví a decir que otra característica de un pecado presuntuoso era la deliberación. Un hombre puede tener un espíritu ardoroso y en un momento de prisa puede pronunciar una palabra de enojo, de la que en pocos minutos se arrepentirá sinceramente. Un hombre puede tener un temperamento tan irritable, que la menor provocación le hace estar inmediatamente lleno de ira. Pero también puede tener un temperamento que tiene este beneficio de equilibrarlo, que muy pronto aprende a perdonar y se enfría en un momento. Ahora bien, un hombre así no peca presuntuosamente, cuando de repente es vencido por la ira, aunque sin duda hay presunción en su pecado, a menos que se esfuerce por corregir esa pasión y mantenerla baja.

El hombre que es tentado y sorprendido repentinamente por un pecado, que no es su costumbre pero que comete por la fuerza de una fuerte tentación, es culpable, pero no culpable de presunción, porque fue tomado desprevenido en la red y atrapado en la trampa. Pero hay otros hombres que pecan deliberadamente. Hay algunos que pueden pensar en la lujuria durante semanas antes, y se deleitan en su querido delito con placer. Ellos, por así decirlo, riegan la joven semilla de la lujuria hasta que llega a la madurez del deseo y luego van y cometen la falta. Hay algunos para los que la lujuria no es un transeúnte sino un huésped en casa. La reciben, la alojan, se dan un festín con ella y cuando pecan lo hacen deliberadamente, caminan fríamente hacia sus lujurias y a sangre fría cometen el acto que otro podría hacer

felizmente con prisa ardiente y furiosa.

Ahora bien, tal pecado tiene en sí un gran grado de pecaminosidad, es un pecado de alta presunción. Dejarse llevar en un momento como por un torbellino de pasión es erróneo, pero sentarse y decidir deliberadamente sobre la venganza es maldito y diabólico. Sentarse y diseñar deliberadamente esquemas de maldad es atroz, y no encuentro otra palabra adecuada para expresarlo. Deliberar cuidadosamente cómo se va a cometer el crimen y como Amán, construir la horca y ponerse a trabajar para destruir al prójimo, para hacer que se cavara el hoyo con el fin de que el amigo cayera en él y sea destruido, poner trampas en secreto, tramar la maldad en la cama, es un alto grado de pecado presuntuoso. ¡Que Dios nos perdone a cualquiera de nosotros, si hasta ahora hemos sido culpables!

Una vez más, cuando un hombre continúa mucho tiempo en el pecado y tiene tiempo para deliberar sobre él, eso también es una prueba de que es un pecado presuntuoso. El que peca una vez, siendo sorprendido en una falta y luego aborrece el pecado, no ha pecado con presunción. Pero el que transgrede hoy, mañana y al día siguiente, semana tras semana y año tras año, hasta que haya acumulado un montón de pecados que son tan altos como una montaña, tal hombre, digo, peca presuntuosamente. En un hábito continuo de pecado debe haber una deliberación para pecar. Debe haber al menos tal fuerza y fortaleza mental que no podría haber llegado a ningún hombre, si su pecado no fuera más que el efecto apresurado de una pasión repentina.

Ah, tened cuidado, vosotros que sois un césped de pecado, vosotros que lo bebéis como el voraz buey bebe el agua. Vosotros que corréis a vuestra lujuria como los ríos corren al mar y vosotros que vais a vuestras pasiones como la cerda a revolcarse en el fango. Tened cuidado, vuestros crímenes son graves y la mano de Dios pronto caerá terriblemente sobre vuestras cabezas, a menos que por gracia divina se os conceda arrepentiros y volveros a Él. Temerosa debe ser vuestra perdición si Dios os condena por un pecado presuntuoso. Oh, Señor, "guarda también a tu siervo de los pecados presuntuosos".

De nuevo dije que un pecado presuntuoso debe ser una cuestión de planificación y que se ha cometido con la intención de pecar. Si en su casa, en su tiempo libre, recurre a ese pasaje del Libro de los Números donde dice que no hay perdón para un pecado presuntuoso bajo la dispensación judía, encontrará inmediatamente después, un caso registrado. Un hombre salió el día de reposo a recoger leña. Fue capturado en el acto de quebrantar el sábado, y como la Ley era muy estricta bajo la dispensación judía, se ordenó inmediatamente que fuera ejecutado.

La razón por la que fue condenado a muerte no fue porque recogiera leña el sábado, sino porque la ley acababa de ser proclamada: "En él no harás ningún tipo de trabajo". Este hombre

voluntariamente, para mostrar que despreciaba a Dios, para mostrar que no le importaba, sin necesidad, sin ninguna esperanza de ventaja, fue directamente a los mandatos de la ley, para realizar, no un acto que albergaba en él, que quizás podría haber sido pasado por alto, sino un acto que avergonzaba a toda la congregación, porque, como un infiel, se atrevió a desafiar descaradamente a Dios

Tanto como para decir, "No me importa Dios". ¿Acaba de ordenar Dios: "No harás ningún tipo de trabajo"? Aquí estoy. Hoy no quiero leña. No quiero trabajar. No por las varas, sino para mostrar que desprecio a Dios, salgo hoy y recojo varas. "Ahora", dice uno, "seguramente no hay gente en el mundo que haya hecho algo así". Sí que las hay y las hay en el Surrey Music Hall hoy en día. Han pecado contra Dios, no sólo por el placer de hacerlo, sino porque quieren mostrar su falta de reverencia a Dios.

Ese joven quemó su Biblia en medio de sus malvados compañeros, no porque odiara su Biblia, sino porque temblaba y se veía pálido como las cenizas del hogar cuando lo hacía. Pero lo hizo por pura bravuconería, para mostrarles, como él pensaba, que realmente estaba muy lejos de cualquier cosa como una profesión religiosa. Ese otro hombre está acostumbrado, a veces, a quedarse en el camino cuando la gente va a la casa de Dios y los maldice. No porque le guste maldecir, sino porque demostrará que es irreligioso, que es impío. ¿Cuántos infieles han hecho lo mismo, no porque les guste la cosa en sí, sino porque por la maldad de su corazón quieren herir a Dios?

Deseaba, si era posible, hacer saber a los hombres que, aunque el pecado en sí mismo era muy inferior, estaba decidido a hacer algo que sería como escupir en la cara de su Creador, y despreciar a Dios que lo creó. Ahora, tal pecado es una obra maestra de iniquidad. Hay un perdón para uno de ellos. Hay un perdón completo para aquellos que son llevados al arrepentimiento, pero pocos de esos hombres lo reciben. Porque cuando han llegado tan lejos como para pecar con presunción, porque lo harán, pecando simplemente por mostrar su desprecio a Dios y a la ley de Dios, decimos que hay un perdón para ellos, pero es una gracia maravillosa la que los pone en tal condición que están dispuestos a aceptarlo. ¡Oh, que Dios aparte a sus siervos aquí de los pecados presuntuosos! ¡Y si alguno de nosotros los ha cometido, que nos devuelva a la alabanza de la gloria de Su gracia!

Pero un punto más y creo que habré explicado estos pecados presuntuosos. Un pecado presuntuoso también es uno que se comete a través de una dureza de la fuerza de la mente. Dice uno, "Tengo la intención de entrar mañana en tal o cual sociedad porque creo que, aunque hiera a otras personas, no me hiere a mí". Te das la vuelta y le dices a un joven: "No podría aconsejarte que frecuentaras el casino, sería tu ruina". ¿Pero va usted mismo, señor? "Sí". ¿Pero cómo se justifica usted? "Porque tengo tanta fuerza de principios que sé hasta dónde llegar y nada más". Miente, señor. Contra usted mismo miente. Mientes

presuntuosamente al hacerlo.

Estás jugando con bombas que explotarán y te destruirán. Estáis sentados sobre la boca del infierno con la idea de que no os quemarais. Has ido a los lugares de vicio y regresas manchado, muy manchado, pero como estás tan ciego que no ves la mancha te crees seguro. No es así. Tu pecado, al atreverte a pensar que eres a prueba de pecado, es un pecado de presunción. "No, no", dice uno, "pero sé que puedo llegar tan lejos en tal o cual pecado y ahí puedo parar". Presunción, señor, nada más que presunción.

Sería una presunción para cualquier hombre subir a la cima de la torre de una iglesia y ponerse de cabeza. "Bueno, pero podría bajar a salvo, si fuera hábil en ello". Sí, pero es presuntuoso. No se me ocurriría aportar un penique al ascenso de un hombre en un globo, como no se me ocurriría hacerlo por un pobre desgraciado cortándose la garganta. No pensaría más en pararme y mirar a un hombre que pone su vida en peligro, que en pagarle a un hombre para que se vuele los sesos. Creo que esas cosas, si no son asesinatos, son homicidios.

Hay suicidio en los hombres que se arriesgan de esa manera. Y si hay suicidio en el riesgo del cuerpo, ¿cuánto más en el caso de un hombre que pone su propia alma en peligro sólo porque cree que tiene la suficiente fuerza de mente para evitar que se arruine y se destruya? Señor, su pecado es un pecado de presunción. Es uno grande y grave. Es una de las obras maestras de la iniquidad.

¡Oh, cuánta gente hay que está pecando presuntuosamente hoy! Estás pecando presuntuosamente al ser hoy lo que eres. Estás diciendo: "Dentro de poco tiempo pensaré solemne y seriamente en la religión. Dentro de unos años, cuando esté un poco más asentado en la vida, pretendo pasar página y pensar en los asuntos de la piedad". Señor, es usted presuntuoso. Presume de que vivirá, especula con algo tan frágil como la burbuja en el interruptor. Está apostando su alma eterna a las probabilidades mortales de que vivirá durante unos pocos años, donde lo más probable es que sea cortado antes de que se ponga el sol, y es posible que antes de que pase otro año sobre su cabeza, esté en la tierra donde el arrepentimiento es imposible e inútil si fuera posible.

Oh, queridos amigos, la postergación es un pecado presuntuoso. Aplazar algo que debería hacerse hoy porque se espera vivir mañana, es una presunción. No tienen derecho a hacerlo; al hacerlo están pecando contra Dios y trayendo sobre sus cabezas la culpa del pecado presuntuoso. Recuerdo ese sorprendente pasaje del maravilloso sermón de Jonathan Edwards que fue el medio de un gran avivamiento, donde dice, "Pecador, estás en este momento parado sobre la boca del infierno en una sola tabla y esa tabla está podrida. Estás colgando sobre las fauces de la perdición por una cuerda solitaria y las hebras de esa cuerda están

crujiendo ahora".

Es terrible estar en una posición como esa y aun así decir "mañana" y postergarlo. Me recordáis, algunos de vosotros, la historia de Dionisio el tirano, que, queriendo castigar a quien le había disgustado, le invitó a un noble banquete. Ricas eran las viandas que se extendían sobre la mesa y raros los vinos de los que se le invitaba a beber. Se colocó una silla en la cabecera de la mesa y el invitado se sentó en ella. ¡Horror de horrores! El banquete podía ser rico pero el invitado era miserable, espantoso más allá del pensamiento. Por muy espléndida que fuera la vestimenta de los sirvientes y por muy ricos que fueron los manjares, el invitado se sentó allí en agonía. ¿Por qué razón?

Porque sobre su cabeza, inmediatamente encima de ella, colgaba una espada, una espada afilada, suspendida por un solo pelo. Tenía que sentarse todo el tiempo con esta espada encima, con nada más que un pelo entre él y la muerte. Puedes concebir la miseria del pobre hombre. No podía escapar, debía sentarse donde estaba. ¿Cómo podía darse un festín? ¿Cómo podía regocijarse? Pero, oh mi inconvertido oyente, estás ahí esta mañana, hombre, con todas tus riquezas y tu riqueza delante de ti, con las comodidades de un hogar y las alegrías de un hogar. Estás allí este día, en un lugar del que no puedes escapar. La espada de la muerte está sobre ti, preparada para descender. Y ¡ay de ti cuando te arranque el alma de tu cuerpo! ¿Podéis aún alegraros y aplazarlo? Si puedes, entonces tu pecado es presuntuoso en un alto grado. "Guarda a tu siervo de los pecados presuntuosos".

2. Y ahora llego a la segunda parte del tema, que trataré muy brevemente. Intentaré mostraros que hay una gran magnitud en un pecado presuntuoso.

Permítanme tomar cualquiera de los pecados, por ejemplo, el pecado contra la luz y el conocimiento. Hay mayor enormidad en tal pecado presuntuoso que en cualquier otro. En esta nuestra feliz tierra, un hombre apenas puede cometer traición. Creo que debe ser bastante difícil para él hacerlo, ya que aquí se nos permite decir palabras que pondrían nuestros cuellos bajo la guillotina si se dijeran al otro lado del canal. Y se nos permite hacer actos aquí que nos traerían largos años de prisión si el acto se hiciera en cualquier otra tierra. Nosotros, a pesar de todo lo que nuestros amigos americanos puedan decir, somos las personas más libres para hablar y pensar en todo el mundo.

Aunque no tenemos la libertad de golpear a nuestros esclavos hasta la muerte o de dispararles si deciden desobedecer. Aunque no tenemos la libertad de cazar hombres, o la libertad de chupar la sangre de otro hombre para hacernos ricos. Aunque no tenemos la libertad de ser peores que los demonios, lo que los esclavistas y muchos poseedores de esclavos ciertamente son, tenemos una libertad mayor que esa, libertad contra la turba tirana, así como contra el rey tirano. Pero supongo que es posible cometer traición aquí.

Si dos hombres cometen traición, si uno de ellos levantara el día de mañana el estandarte de la rebelión de forma desenfrenada y perversa. Si denunciara al legítimo soberano de esta tierra con el lenguaje más fuerte y abominable. Si buscara atraer a los súbditos leales de este país para que no se unieran a ellos, y desviar a algunos de ellos para causar daño y perjuicio a la comunidad, podría tener en sus filas de rebelión a alguien que se uniera sin cautela. Ese, sin saber a dónde podría ir el asunto, podría haberse metido en medio de los rebeldes sin entender la intención de su reunión ilegal.

Puede que ni siquiera supiera de la Ley que les prohibía estar unidos. Supongo que estos dos hombres fueron acusados de alta traición, y ambos han sido legalmente culpables de ello. Pero puedo suponer que el hombre que había pecado ignorantemente sería absuelto, porque no había ninguna intención maligna y puedo suponer que el otro hombre, que había elevado deliberadamente, a sabiendas, maliciosa y perversamente el estandarte de la rebelión, recibiría el más alto nivel. castigo que la Ley pudiera exigir. ¿Y por qué?

Porque en un caso fue un pecado de presunción y en el otro no lo fue. En un caso, el hombre se atrevió a desafiar al soberano y a desafiar la ley de la tierra voluntariamente por mera presunción. En el otro caso no fue así. Ahora, todo hombre ve que sería justo hacer una distinción en el castigo, porque hay, la misma conciencia nos dice, una distinción en la culpa.

De nuevo, algunos hombres, he dicho, pecan deliberadamente y otros no lo hacen. Ahora, para mostrar que hay una distinción aquí, permítanme tomar un caso. Mañana el tribunal de magistrados está sentado. Dos hombres se levantan. Cada uno de ellos está acusado de robar una barra de pan. Está claramente probado el caso de un hombre que tenía hambre y que robó la barra de pan para satisfacer sus necesidades. Se arrepiente de su acto, se lamenta de haber hecho el acto. Pero lo más evidente es que tuvo una fuerte tentación de hacerlo.

En el otro caso, el hombre era rico y entró voluntariamente en la tienda sólo porque quebrantaría la ley y demostraría que era un infractor de la ley. Le dijo al policía de afuera, "Ahora, no me importan ni tú ni la Ley. Tengo la intención de entrar ahí, sólo para ver qué puede hacer conmigo". Supongo que el magistrado le diría a uno de los hombres: "Queda usted en libertad. Tenga cuidado de no volver a hacer lo mismo. Aquí tienes algo para tus necesidades actuales, para ganarte la vida honestamente". Pero al otro puedo imaginarlo diciéndole, "Eres un infame miserable. Has cometido el mismo acto que el otro, pero por motivos muy diferentes. Te doy la mayor pena de prisión que la ley me permite, y sólo puedo lamentar que no puedo tratarte peor de lo que lo he hecho".

La presunción del pecado marcó la diferencia. Así que cuando pecas deliberadamente y a sabiendas, tu pecado contra el Dios Todopoderoso, es un pecado más alto y negro de lo que hubiera sido si hubieras pecado ignorantemente, o si hubieras pecado apresuradamente.

Ahora supongamos un caso más. En el calor de una pequeña disputa alguien te insultará. Usted será insultado por un hombre de temperamento enojado. No lo has provocado, no le has dado una causa justa para ello. Pero al mismo tiempo tenía un temperamento irritable y con enojo. Se frustró un poco en el debate y te insultó, llamándote por algún nombre que ha dejado una mancha en tu carácter, hasta donde los epítetos pueden hacerlo. Supongo que no le pediríais ninguna reparación, si mañana vierais que sólo fue una palabra precipitada pronunciada apresuradamente, de la que se arrepintió.

Pero supongamos que otra persona te acecha en la calle. Si semana tras semana buscara encontrarte en el mercado, y después de mucho trabajo y problemas te encontrara por fin. Y allí, en medio de un número de personas sin provocación, sólo por pura y deliberada malicia, se presenta ante ti y te llama mentiroso. Puedo suponer que cristiano como eres, podrías encontrar necesario castigar tal insolencia, no con tu mano sino con el brazo de esa Ley equitativa que nos protege a todos de la violencia insultante. En el otro caso, supongo que no sería un problema para ti perdonar. Tú dirías, "Mi querido amigo, sé que todos nos precipitamos a veces... No me importa en absoluto, no lo dijo en serio".

Pero en este caso, cuando un hombre se ha atrevido a desafiarte sin ninguna provocación, le dirías: "Señor, ha intentado perjudicarme en una sociedad respetable. Puedo perdonarle como cristiano, pero como hombre y ciudadano, exigiré que se me proteja de su insolencia". Veis, pues, en los casos que se dan entre hombre y hombre, cómo hay un exceso de culpa sumado a un pecado por presunción. Oh, vosotros que habéis pecado presuntuosamente, ¿quién de nosotros no lo ha hecho?, inclinad vuestras cabezas en silencio, confesad vuestra culpa y luego abrid vuestras bocas y clamad: "Señor, ten piedad de mí, un pecador presuntuoso".

3. Y ahora casi he terminado, sin cansarlos por un discurso demasiado largo, notaremos LA APROPIACIÓN DE ESTA ORACIÓN: "Guarda también a tu siervo de los pecados presuntuosos".

Notará que esta oración era la oración de un santo, la oración de un hombre santo de Dios. ¿David necesitaba orar así? ¿Necesitaba el "hombre según el corazón de Dios" gritar, "Guarda a tu siervo"? Sí, lo necesitaba. Y noten la belleza de la oración. Si puedo traducirlo a un estilo más metafórico, es como esto, "Libera a tu siervo del pecado presuntuoso". Mantenlo alejado, o él vagará al borde del precipicio del pecado. Retenlo, Señor, es propenso a huir. Contenedlo. Ponle la brida, no dejes que lo haga. Deja que tu gracia sobrecogedora lo mantenga santo. Cuando haga el mal, atráelo hacia el bien y cuando sus propensiones malignas lo lleven por el mal, entonces detenlo. ¡Aleja a tu siervo de los pecados presuntuosos!"

¿Qué, entonces? ¿Es cierto que el mejor de los hombres puede pecar presuntuosamente?

Ah, es verdad. Es algo solemne encontrar al Apóstol Pablo advirtiendo a los santos contra el más repugnante de los pecados. Dice: "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría" y cosas semejantes. ¿Qué? ¿Necesitan los santos ser advertidos contra pecados como estos? Sí, lo necesitan. Los santos más altos pueden caer en los pecados más bajos a menos que sean guardados por la Gracia Divina. Ustedes, viejos cristianos experimentados, incluso en su experiencia, pueden tropezar aún a menos que griten: "Sostenme, Señor, y estaré a salvo".

Tú, cuyo amor es ferviente, cuya fe es constante, cuyas esperanzas son brillantes, no digas: "Nunca pecaré". Sino que grita: "Señor, no me dejes caer en la tentación y no me dejes allí, porque a menos que me retengas, siento que debo declinar y mostrar que soy un apóstata después de todo". Hay suficiente yesca en el corazón de los mejores hombres del mundo para encender un fuego que arderá hasta el más bajo infierno, a menos que Dios apague las chispas mientras caen. Hay suficiente corrupción, depravación y maldad en el corazón del hombre más santo que ahora está vivo, para condenar su alma a toda la eternidad, si la gracia libre y soberana no lo impide.

Oh, cristiano, tienes que hacer esta oración. Pero creo que te oigo gritar: "¿Es tu siervo un perro para que haga esto?" Así dijo Hazael, cuando el Profeta le dijo que mataría a su amo. Pero él fue a su casa y tomó un paño húmedo, lo extendió sobre la cara de su amo y lo mató, e hizo al día siguiente el pecado que aborrecía el día anterior. Piensa que no es suficiente con aborrecer el pecado, aún puedes caer en él. No digas, "Nunca podré estar borracho, porque tengo un gran aborrecimiento por la borrachera". Puedes caer donde estés más seguro. No digas, "Nunca podré blasfemar contra Dios, porque nunca lo he hecho en mi vida".

Cuídate. Todavía puedes jurar muy profanamente. Job podría haber dicho: "Nunca maldeciré el día de mi nacimiento". Pero vivió para hacerlo. Era un hombre paciente, podría haber dicho, "Nunca murmuraré, aunque me mate, pero confiaré en él". Y aun así vivió para desear que el día fuera de oscuridad en el que él nació. No te jactes, entonces, oh cristiano, por la fe que tienes. "Que el que piense que está de pie tenga cuidado de no caer".

Pero si esto tiene que ser la oración de los mejores, ¿cómo debería ser la oración de usted y de mí? Si el más alto santo debe orarla, oh mero moralista, ¡tienes buena necesidad de pronunciarla! Y ustedes que han comenzado a pecar, que no tienen pretensiones de piedad, ¿cuánta necesidad hay de orar para que no se rebelen presuntuosamente contra Dios?

Sin embargo, en lugar de ampliar este punto, cerraré mis comentarios de esta mañana dirigiéndome afectuosamente a aquellos de ustedes que están ahora bajo un sentimiento de culpa por sus pecados presuntuosos. El Espíritu de Dios ha encontrado a algunos de ustedes esta mañana. Cuando describía el pecado presuntuoso, pensé que había visto aquí y allá un

ojo lleno de lágrimas. Creí ver aquí y allá una cabeza que estaba inclinada, tanto como para decir, "Soy culpable allí". Pensé que había algunos corazones que palpitaban con la confesión cuando describí la culpa de la presunción. Espero que fuera así.

Si lo fuera, me alegro de ello. Si golpeo sus conciencias, es lo que quería hacer. No hablo a vuestros oídos, sino a vuestros corazones. No daría un chasquido de mi dedo para gratificaros con meras palabras de oratoria, con un mero flujo de lenguaje. No, Dios es mi testigo. Nunca busqué el efecto, excepto el efecto de golpear vuestras conciencias. Usaría las palabras que serían más ásperas y duras en todo nuestro lenguaje, si pudiera llegar a su corazón mejor con ellas que con cualquier otra. Si alguno de vosotros siente que ha presumido contra Dios al pecar, os pido que miréis vuestro pecado y lloréis por su negrura.

Permítanme exhortarlos a que vayan a casa e inclinen sus cabezas con pena, confiesen su culpa y lloren sobre ella con muchas lágrimas y suspiros. Habéis pecado gravemente y si Dios os hiciera caer en la perdición ahora, sería justo. Si ahora su fogoso rayo de venganza os atravesara, si la flecha que está ahora en la cuerda del Todopoderoso encontrara un blanco en vuestro corazón, Él sería justo. Ve a casa y confiésalo, confiésalo con gritos y suspiros. ¿Y entonces qué harás después?

Te pido que recuerdes que hubo un hombre que era Dios. Ese hombre sufrió por el pecado presuntuoso. Te pido hoy, pecador, que, si sabes que necesitas un Salvador, subas a tu habitación, inclines tu rostro y llores por el pecado. Y cuando lo hayas hecho, recurre a las Escrituras y lee la historia de ese hombre que sufrió y murió por el pecado. Véanlo en todas sus indecibles agonías, penas y dolores y digan...

***"Mi alma mira hacia atrás para ver las
cargas que llevaste,
cuando colgabas del árbol maldito,
y espera que su culpa haya estado allí".***

Levanta tu mano y ponla en Su cabeza, y di...

***"Mi fe pondría su mano en
esa querida cabeza tuya,
mientras que como un penitente me paro,
y allí confieso mi pecado".***

Siéntate al pie de su cruz y obsérvalo hasta que tu corazón se conmueva, hasta que las lágrimas comiencen a fluir de nuevo, hasta que tu corazón se quebrante dentro de ti. Y entonces te levantarás y dirás...

***"Derretido por Su misericordia caigo al suelo,
y lloro por la alabanza de la misericordia que he encontrado".***

Oh, pecador, no puedes perecer nunca, si te arrojas al pie de la cruz. Si buscas salvarte, morirás. Si vienes, así como eres todo negro, todo sucio, todo merecedor del infierno, todo merecedor de castigo, soy rehén de mi Amo, seré responsable en el Día del Juicio por este asunto si Él no te salva.

Puedo predicar sobre este tema ahora, porque confío en que yo mismo he probado a mi Maestro. De joven pequé, de niño me rebelé, de joven me metí en lujurias y vanidades, mi Maestro me hizo sentir lo gran pecador que era y traté de reformarme, de arreglar el asunto, pero fui empeorando. Por fin oí decir: "Mírenme y sean salvos todos los confines de la tierra". Y miré a Jesús. Y oh, mi Salvador, has aliviado mi conciencia adolorida, me has dado paz, me has permitido decir...

***"Ahora liberado del pecado camino en libertad
La sangre de mi Salvador es una liberación completa.
A sus queridos pies pongo mi alma,
un pecador salvado y rindo homenaje".***

Y oh, ¡mi corazón llora por ti!

¡Oh, que tú que nunca lo conociste pudieras probar su amor ahora! ¡Oh que tú que nunca te has arrepentido puedas recibir ahora el Espíritu Santo que es capaz de derretir el corazón! Y oh, que ustedes que son penitentes lo miren a Él ahora. Y repito esa solemne afirmación: soy el rehén de Dios esta mañana. Pueden alimentarme con pan y agua hasta el final de mi vida, y cargaré con la culpa para siempre, si alguno de ustedes busca a Cristo y Cristo los rechaza.

No debe, no puede ser. "Al que venga", dice, "no lo echaré fuera". "Puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios". Que Dios Todopoderoso os bendiga y que nos encontremos de nuevo en el paraíso y allí cantaremos más dulcemente sobre el amor redentor y la sangre agonizante y sobre el poder de Jesús para salvar...

***"Cuando esta pobre lengua balbuceante y tartamuda,
yace silenciosa en la tumba".***